

## MUJERES, CULTURA Y SUBJETIVIDAD

*América Espinosa, Ricardo García, Juan Capetillo*

La sumisión, rasgo que ha definido a la mujer en el contexto de las sociedades patriarcales, ha estado unida al sistema de opresión característico de todos los tiempos de la vida del ser humano. Sistema patriarcal como organización social que plantea el lugar del poder desde el Uno. La historia de la humanidad se ha caracterizado por la opresión de unos contra otros.

El por qué un sujeto, grupo o sociedad oprime y/o abusa de otro, es un tema trabajado por disciplinas como la filosofía, la sociología y el psicoanálisis. Y aunque existan respuestas aparentemente profundas, no deja de seguir sorprendiendo la sumisión a la opresión y al yugo de muchos, que ha sido justificada solo por la debilidad y el miedo. En este sentido, es importante traer a la reflexión un texto publicado en 1572, texto de Etienne de la Boëtie, quien desde entonces consideraba incomprensible el sometimiento de muchos, no al gobierno, sino a UNO solo, a un tirano.

La Boëtie defendía, como lo hacían los pensadores de su tiempo, la libertad de cada hombre, y manifestaba que los gobernantes debían estar al servicio de los gobernados y no a la inversa. Señalaba también que la naturaleza ha hecho a todos de la misma forma y del mismo molde, y si hay diferencias en las cualidades entre unos y otros es por dar ocasión al afecto fraternal de brindar ayuda y recibirla; entonces, la pregunta que formulaba era: ¿Qué fatalidad es ésta que ha podido desnaturalizar tanto al hombre nacido, en verdad, solamente para vivir libre, y hacerle perder el recuerdo de su primer estado y el deseo de recuperarlo?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Etienne de La Bœtie (1576), *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contrauno*, traducido por José María Hernández-Rubio, (Madrid: Tecnos 2001), p. 19.

Siguiendo a La Boëtie, y partiendo de que la libertad sería: «el ser por sí y no por otro», implicaría entonces «que los hombres existan para sí mismos»; o, por otro lado, que la libertad sea una conquista que la da el «entendimiento de ella». Todo esto nos plantea, que no se podría aspirar en consecuencia a algo que se desconoce. «El saber nos hará libres», una máxima que sostuvo el movimiento la Ilustración. Como tal, la búsqueda del saber, ha conducido a los sujetos por los caminos de la dominación de la naturaleza, dominación de los otros e incluso a la búsqueda de la dominación de sí mismo.

Grandes han sido los desalientos al encontrar que como lo describe la maravillosa conclusión poética de A. Eddington, al final de la búsqueda *las huellas eran nuestras*:

Hemos visto que, cuando la ciencia ha llegado más lejos en su avance, ha resultado que el espíritu no extraía de la naturaleza más que lo que el propio espíritu había depositado en ella. Hemos hallado una sorprendente huella de pisadas en las riberas de lo desconocido. Hemos ensayado, una tras otra, profundas teorías para explicar el origen de aquellas huellas. Finalmente hemos conseguido reconstruir el ser que las había producido. Y resulta que las huellas eran nuestras.<sup>2</sup>

Porque es necesario distinguir que el saber tiene un sinfín de elementos a analizar, y uno, entre los más importantes, es que el saber es producido por el propio sujeto, esto es; el saber no se produce sin implicaciones, sin atravesamientos; el saber, a partir de producirse en el contexto de la relación con el otro, produce afectación; esto es, afecta, por ende, puede decirse, está situada en el terreno de lo afectivo, esto es, lo que nos afecta, lo que nos accidenta en el camino que venía siendo de la «naturaleza»; eso que se produce y que trasciende lo puramente racional. Y es precisamente este terreno, lo pasional, lo afectivo, lo anímico, lo que desborda al sujeto de su lugar en la razón. El sujeto, no

---

<sup>2</sup> Lilia Esther Vargas Isla, “¿La subjetividad del sujeto o el sujeto de la subjetividad?”, *Tras las huellas de la subjetividad*, 2ª Ed., compilado por Isabel Jáidar Matalobos (México: UAM-Xochimilco, 2003), p. 61.

puede ser en sí mismo, sino a través de otro y ese elemento lo conduce a la afectación. Lo lleva a un espacio diferente del de la naturaleza; lo accidenta, lo introduce al terreno del vínculo, de lo social, de lo simbólico, lo introduce al espacio del lenguaje.

¿Cuál es el lugar de una mujer si pensamos en su referencia a un otro lugar distinto?, ¿cómo es el opuesto a ella, el del hombre?, ambos lugares construidos artificialmente como referentes cada uno del otro, para poder existir.

Ahora bien, para comprender lo anterior, cabe destacar que han sido importantes las aportaciones del psicoanálisis para discernir desde dónde se juega la condición de un sujeto y en este caso la condición de la opresión; algunas de las interrogantes disciplinares que separaban a la psicología de la sociología planteaban, que la condición de lo humano, del comportamiento era un asunto de orden genético, por ejemplo, las tesis psiconeurológicas así lo definen, o que quizá sea lo propio de la condición de aprendizaje o, mejor a aún, resultado de la cultura y en consecuencia se gesta desde lo colectivo. El psicoanálisis con Freud propondrá una intersección entre la transmisión del orden colectivo y lo singular y circunstancial del devenir subjetivo que hace al comportamiento; de tal manera que en la condición del sometimiento se juega por el lado de esa afectación de la que el sujeto está determinado, de tal suerte que no puede proponerse una completa emancipación del otro, ya que está en juego el sostenimiento de cada sujeto en su ser en otro.

Esto obliga a pensar que se juegue también el sentido de la responsabilidad, que cada sujeto tendría que asumir su condición de determinación que tiene desde la otredad y que ésta no pueda ser absoluta, ya que en su determinación se juega su propia subjetividad.<sup>3</sup>

Así entonces, se pueden plantear múltiples determinaciones que se le imponen al sujeto advenido como tal, en un contexto cultural y social, en un

---

<sup>3</sup> Jaques Lacan, *El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica* (Buenos Aires: Paidós, 1983), p. 68. Entendida a la manera de Lacan como sistema organizado de símbolos, que aspiran a abarcar la totalidad de una experiencia, animarla y darle su sentido.

espacio y tiempo que lo limitan. Se puede también estar o no de acuerdo la propia concepción de libertad y en todo caso, en relación a quién le confiere el don de la libertad al ser humano, ya sea la naturaleza, Dios, o si él mismo tendría que asumir su posibilidad o no, como condición de la vida.

El contexto de la libertad desde un derecho e incluso una exigencia sería un acuerdo de razón ética, el irrestricto derecho a una libertad de vida, libertad de elegir las cuestiones sustantivas de la vida, entre otras, la profesión, la pareja sexual, etc., derecho de elegir, sin que se afecte el derecho del prójimo. Este elemento de libertad configura la problemática sustantiva de la vida, es este un elemento determinante en la configuración de las formas para pensar al sujeto y a la organización social, ya que si partimos de que es necesario o mejor aún, fundamental el “otro” como referente, como sostén en la constitución de los sujetos, el vínculo y la forma en cómo se traza éste, producen el ineludible «malestar» propio de la vida de los sujetos; malestar en las discordancias, las divergencias y contrariedades que tiene la vida humana en la relación con los otros: insatisfacción, pérdida, conflicto, crisis, violencia, maldad, crueldad, signos de lo vivo.

Malestar que se produce a partir de la inserción del humano al lenguaje, inserción al campo de lo simbólico que produce el reconocimiento del «otro» como semejante y diferente al mismo tiempo. Inserción que accidenta y deja en falta al sujeto, sujetado y sometido primero al significante que lo determina y lo coloca en el sentido de la pasión y la razón al mismo tiempo; una razón desbordada por el acontecimiento de lo humano sometido al lenguaje.

El punto preciso y de máxima complicación es indudablemente, ¿cómo asumir esa libertad cuando se requiere del otro?

Cuando introducimos en nuestra reflexión al elemento de la subjetividad que nos constituye sujetos, con nuestras posiciones, identificaciones y afectaciones, podemos ver que sobre todo en el campo del afecto, como el amor nos somete. Nos enamoramos y perdemos un poco la condición de nuestra

libertad- si es que alguna vez podríamos decir tenerla-. Nos enamoramos de la familia y nos hacemos desde ella, nos enamoramos de la cultura y la repetimos sin más, nos enamoramos de una pareja y le creemos, creemos en ella y en lo que nos demanda.

El enamoramiento es colocarse ahí, si bien en una posición de falta frente al otro, también en la posición de darse, de dar... «lo que no se tiene» –diría Lacan—. Por esto el hombre tiene mayores dificultades para enamorarse sin mostrar dominio, posesión. El amor es más femenino, por eso se muestra mayormente en falta. El hombre viril rehúsa a mostrarse enamorado, porque el enamoramiento al estar más apegado a lo femenino muestra la castración.

El tema de la libertad y de la autonomía, son temas que albergan una complejidad ya que siempre estarán ligados al análisis de la subjetividad. ¿Qué es ser libre? Cuando se está sujeto y sujetado a la condición de hablante. ¿Qué es ser autónomo? Cuando nos constituimos y necesitamos del otro y de los otros.

No se trataría entonces de pensar en una libertad fuera de las determinaciones que nos estructuran, que nos dan un lugar de existencia en el contexto de la vida. Ser libres es asunto del ideal, que nos impulsa, más no posibilidad ontológica.

Cómo podríamos ser autónomos cuando las determinaciones de nuestra existencia nos rebasan, cuando no podemos sostenernos por lo que sentimos que somos, cuando la pregunta es constante en torno a lo que nos da existencia, cuando el referente que nos sostiene está siempre afuera, en el otro.

La condición del existir depende de la otredad, desde ese sitio, buscamos un lugar para apropiarnos de su sentido, para hacerlo nuestro y desde ahí participar de la diferencia, y desde ahí manifestarnos en lo propio; sólo desde ahí, respiramos un poco de esa libertad idealizada. La apropiación del espacio significativo que configuramos como nuestro, nos permite sostener ese nombre propio –auto/nomo–, que cuando se colectiviza, conforma identidades sociales.

La libertad se juega entonces desde la ética. La ética como acuerdo simbólico de la posibilidad de tener un espacio para existir, para vivir con justicia. Nadie por encima de nadie. Todos en equidad.

Sin embargo, vemos que el juego de la dominación conforma una dialéctica imaginaria donde uno se somete al otro ya sea por seducción, por voluntad o por fuerza.

La reflexión sobre el lugar de las mujeres en el contexto de las sociedades y específicamente de la sociedad capitalista, sugiere pensar no sólo lo que históricamente ha representado su papel, sino todo lo que a través de ella se resignifica en relación a los temas de sometimiento, opresión y una supuesta, y/o anodina, emancipación humana. Evidentemente no sólo la mujer ha estado y sigue estando sometida y oprimida; el juego de la opresión y sometimiento está inscrito en el propio sistema social y todo lo que lo sostiene. Poco queda ya de la ilusión o mito generado por el movimiento de la Ilustración que planteaba la relación entre uso de la razón, ciencia y el conocimiento como su producto y la libertad vinculada a la felicidad como su consecuencia.

Vemos que el propio conocimiento ha sido capitalizado –en todos los sentidos de esta frase– en beneficio de un sistema que sostiene la condición patriarcal de una manera sofisticada, donde el poder se muestra en la manipulación y apoyado en la condición de vulnerabilidad humana. Sistema capitalista sostenido en su modelo central por concretarlo todo en el poder económico, que ha transfigurado o construido al mismo tiempo a un nuevo sujeto dependiente de un ciclo de consumo del que cada día se adentra cada vez más. Este sistema se muestra como un sistema voraz, carente de toda ética, que somete a todos, mujeres y varones por decirlo en términos de un reduccionismo de género.

El sistema capitalista como un nuevo sistema patriarcal opresor; sigue produciendo esclavitud. Con formas sutiles y seductoras, invade la voluntad

humana a través de su más certero instrumento: la adicción y su condición de goce.

La alienación a través del imperativo al goce a través del uso de drogas y fármacos son ámbitos de doble ganancia; por un lado los sujetos se mantienen obnubilados con el éxtasis de los estados de goce y por el otro las ganancias del consumismo.

En el sistema capitalista la mujer como objeto de goce, es sometida y prostituida. Los niños son objeto también de secuestro, explotación y pederastia.

Entonces, desde esta perspectiva es importante delimitar que si bien el contexto social participa como elemento de otredad en la constitución de la subjetividad, es fundamental lo que la propia cultura crea por el lado de la contención al goce desde donde aparecen la opresión y el sometimiento. Dicha contención se encuentra en el amor y la identificación por el semejante. Amar y conservar son elementos que forman parte de la cultura y que se juegan en el ejercicio del sostenimiento de la vida social.

Ahora bien, adentrándose un poco en el campo de las identificaciones, resulta interesante revisar la tesis de la «visibilidad» en las teorizaciones psicoanalíticas de la subjetividad y el género. La importancia de “la economía de la visibilidad” en la producción de «lo individual» está indicada originalmente no solo en la teoría foucaultiana, sino también en la psicoanalítica. La *visibilidad* desempeña un papel en el escenario de «[...] el espejo como formador de la función del Yo»<sup>4</sup> y en el desarrollo edípico o la entrada del sujeto en el orden simbólico.

Durante la fase del espejo, la identificación del bebé con su imagen especular «sitúa la instancia del Yo, antes de su determinación social en una dirección ficticia»<sup>5</sup>. El bebé mira y se identifica con su propio reflejo. Éste lo ocupa en un «Yo especular» que prefigura «el yo social» del orden simbólico «en una

---

<sup>4</sup> Jaques Lacan (1949), “El estadio del Espejo como formador de la función de yo (Je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos. J. Lacan. Obras escogidas I* (Barcelona: RBA Coleccionables, 2006) pp. 86-93.

<sup>5</sup> *Ibid.*

forma primordial»: «Esta asunción jubilosa de su imagen especular [*sic*] por el niño en la etapa *infans*, todavía hundida en su incapacidad motora y dependencia de cuidado, parecería exhibir en una forma ejemplar, antes de ser objetivada en la dialéctica de identificación con el otro, y antes de que el lenguaje lo restaure, en lo universal, su función como sujeto»<sup>6</sup>.

El reconocimiento erróneo del bebé de sí mismo como su imagen especular representa una forma primordial de identidad. Prefigura tanto «la permanencia mental del Yo» como «su destino alienado»<sup>7</sup>. Así el Yo emerge a través de la mediación de la imagen percibida.

La *visibilidad* también juega un papel importante en las teorizaciones psicoanalíticas del posterior desarrollo psicosexual en la *identidad de género*. Para Freud, la visión de los genitales del otro sexo es fundamental en el desarrollo de la sexualidad masculina y femenina. La convicción de los varoncitos de que ambos sexos tienen pene «se defiende obstinadamente contra las contradicciones que pronto resultan de la observación, y solo se abandona después de luchas internas severas (el complejo de castración)»<sup>8</sup>: «La observación que finalmente rompe su incredulidad (en la amenaza de la castración) es la visión de los genitales femeninos... Con esto, la pérdida de su propio pene se vuelve imaginable, y la amenaza de la castración tiene sus efectos diferidos»<sup>9</sup>.

La sexualidad femenina se desarrolla de manera similar cuando una niña compara sus propios genitales con los de un niño y percibe que algo ha «salido mal» y siente que algo está mal hecho para ella y, por lo tanto, que tiene un motivo de inferioridad<sup>10</sup>.

El desarrollo de la identidad sexual masculina y femenina está entonces, para Freud, basada -en parte- en una economía de visibilidad en la que los

---

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> Sigmund Freud (1905), "Tres ensayos de teoría sexual", en *Obras Completas*, Vol. 7, 2ª Ed. (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), p. 177.

<sup>9</sup> Sigmund Freud (1924), "El sepultamiento del complejo de Edipo", en *Obras Completas*, Vol. 19, 2ª Ed. (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), p. 183.

<sup>10</sup> *Ídem.* pp. 185-186.

genitales masculinos y femeninos se observan y se comparan entre sí y, más significativamente, con la «norma» fálica de tener un pene para que la «feminidad» surja como la percepción de una falta. Pareciera entonces, que esta percepción, «este desprecio y burla fálica hacia las mujeres» es una percepción construida socialmente (simbólica o discursivamente)<sup>11</sup>. Las niñas y las mujeres no pueden carecer en lo real, ya que «no hay nada que falte en lo real»<sup>12</sup>. *Solo podemos vernos como carentes en relación con una jerarquía de valores preconstituida (fálica):*

El falo... indica la reducción de la diferencia a una instancia de percepción visible, un valor aparente. Freud dio al momento en que niño y niña vieron que eran diferentes el estado de un *trauma* en el que se ve a la niña en falta... pero algo solo se puede ver como ausente según una jerarquía preexistente de valores... lo que cuenta no es la percepción, sino su significado ya asignado: ese momento, por lo tanto, pertenece a lo simbólico.<sup>13</sup>

Como lo enfatiza la relectura lacaniana de Freud, esta «instancia de percepción visible» solo puede ser significativa porque ya es simbólica. La niña se percibe como carente solo porque esa percepción se encuentra dentro de un campo de visión preconstituido, el orden Simbólico. Y esta *percepción*, como la mirada individualizadora disciplinaria, puede entenderse como «un ejercicio de poder»<sup>14</sup>, que constituye la subjetividad (de género) dentro de un campo de visión ya estructurado (fálico).

Lacan a menudo ha sido criticado por afirmar que el estatus del falo -como el significante privilegiado dentro del orden Simbólico- proviene de su visibilidad; y que por lo tanto la naturaleza fálica del orden Simbólico puede ser entendida en términos de la visibilidad del pene (lo real). Podría decirse, sin embargo, que es

---

<sup>11</sup> Harold P. Blum (1976), "Masochism, the ego-ideal and the psychology of women", *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24, pp. 157–191. Versión electrónica: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/803142>

<sup>12</sup> Jaques Lacan (1972/73), *El Seminario, Libro 20, Aún* (Buenos Aires: Paidós, 2007), p. 196.

<sup>13</sup> Jaqueline Rose, "Introduction II", *Feminine Sexuality: Jacques Lacan and the école Freudienne* (Basingstoke: Macmillan, 1982), pp. 27–57.

<sup>14</sup> Michel Foucault (1975), *Vigilar y castigar*, (Madrid: Siglo XXI), p. 95

precisamente este «orden de lo visible, lo que aparentemente, parece ser el objeto de su ataque». Afirmar que el falo es el significante privilegiado dentro de lo Simbólico debido a su visibilidad no es una explicación de los orígenes de lo Simbólico en términos de lo real, porque la *visión* (fraudulenta) del falo siempre está localizada dentro de un Simbolismo preconstituido. Desde una perspectiva lacaniana, las identidades de género se constituyen en un *orden de visibilidad* cuyo ordenamiento es siempre simbólico más allá de lo real.<sup>15</sup>

En resumen, la teoría psicoanalítica, al igual que la teoría de Foucault, afirma la importancia de la *visibilidad* para constituir la subjetividad. Es «el orden de lo visible» que privilegia la visibilidad del falo, lo que hace significativa la instancia edípica «de percepción visible» y que constituye la feminidad como una falta aparente. El «orden de lo visible» en Lacan constituye subjetividades de género en relación con la norma fálica preexistente del orden Simbólico. Y, como la «economía de visibilidad» de Foucault se ubica dentro de una política de disciplina socio-históricamente específica que constituye individuos, también lo es el «orden de lo visible» de Lacan en un orden simbólico dentro del cual se constituyen las posiciones masculinas o femeninas. Y tanto para Lacan como para Foucault, estas economías u órdenes de visibilidad siempre preceden al individuo y siempre constituyen y revelan sus objetos. Y, al igual que el espacio metafórico de la *personalidad* producido por el discurso del individualismo, estos campos de visibilidad son espacios en los que opera el poder / saber.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> Ver Jaquelin Rose, "Introduction II".

<sup>16</sup> Ver Michel Foucault, *Vigilar y castigar*.